# Imaginarios urbanos del barrio en crisis. Viejos y nuevos inmigrantes en el vecindario madrileño de Lavapiés

(Urban imaginaries of a quarter in crisis. Old and new inmigrants in the Madrid quarter of Lavapies)

Cañedo Rodríguez, Montserrat
Univ. de Zaragoza. Facultad de Ciencias Sociales y del Trabajo.
Violante de Hungría, 23. 50009 Zaragoza
mcanedo@unizar.es

BIBLID [1137-439X (2009), 32; 1103-1114]

Recep.: 26.11.2007
Acep.: 17.03.2009

*A partir de un trabajo de campo en el céntrico barrio madrileño de Lavapiés analizaremos los significados, la causalidad y los efectos prácticos del discurso sobre "degradación del barrio" como eje articulador de la experiencia de los lavapiesinos de más edad. En particular, destacaremos cómo ésta marca una fractura entre antiguos y nuevos inmigrantes, definitoria del Lavapiés actual como espacio social.*

*Palabras Clave: Imaginarios urbanos. Convivencia barrial. Inmigración. Inseguridad ciudadana.*

*Lavapies izeneko madrildar erdiguneko auzunean landa ikerketa batetik abiatuz, adinik gehien dutenen lavapiesdarren eskarmentuaren ardatz nagusi bezala "auzunearen narriadura"ren ondorio praktikoen eta kausalitatearen esanahiak azalduko ditugu. Zehatzago esanda, aipatutako horrek etorkin berri eta zaharren arteko gizarte-espazio bezala egungo Lavapiesen elementu definitzailea den etena nola ezartzen duen aztertuko dugu.*

*Giltza-Hitzak: Hiri-imaginarioak. Auzuneko elkarbizitza. Immigrazioa. Segurtasunik eza hiritarra.*

*A partir d'un travail de terrain dans le quartier du centre-ville madrilène de Lavapiés nous analyserons les significations, la causalité et les effets pratiques de la "dégradation du quartier" comme axe coordinateur de l'expérience des habitants de Lavapiés les plus âgés. Nous remarquerons en particulier la façon dont cette expérience marque une fracture entre anciens et nouveaux immigrants, définitoire du Lavapiés actuel comme espace social.*

*Mots Clé : Imaginaire urbains. Coexistence de quartier. Immigration. Insécurité citoyenne.*

## 1. TRAYECTORIAS VITALES DE LOS "ANTIGUOS VECINOS" DE LAVAPIÉS Y PERCEPCIÓN DE LA "DEGRADACIÓN" DEL BARRIO

Lavapiés es un área del centro de Madrid que en distintas etapas históricas ha sido espacio residencial habitual de población inmigrada a la capital. Hoy en día, los vecinos de más de 65 años, –un grupo de casi 3.500 habitantes–, representan un 15,16% sobre el total, porcentaje dentro del cual un 70,7% son mujeres[1]. Las condiciones residenciales y vitales de este grupo de población son, como no podía ser de otra manera, dispares. Hay matrimonios o ancianos viudos o solteros, propietarios de su vivienda, con un nivel económico desahogado y una movilidad no mermada; que acuden, por ejemplo, al siempre animado Centro de Ancianos del barrio. Pero también hay inquilinos que malviven en corralas, la versión madrileña de las casas de vecindad, organizadas alrededor de un patio central. En muchas de estas corralas se da lo que la Administración define como "infravivienda", esto es, la existencia de viviendas que no reúnen unas condiciones de habitabilidad hoy consideradas básicas. Son casas sin ventilación o aseo, de reducidísimas dimensiones, y en muchas ocasiones deterioradas, cuando no directamente en estado ruinoso. Parte del vecindario lavapiesino de mayor edad lo constituyen muchas mujeres que viven solas, que requieren de la asistencia social para el desarrollo de las actividades más cotidianas, y que apenas salen a la calle. Pero al margen de esa diversidad en las condiciones de vida, la mayor parte de estos vecinos comparten una trayectoria vital y un sistema de valores muy semejante, aspectos en los que basamos nuestra caracterización del grupo como el sector de los "antiguos vecinos" de Lavapiés.

Lo que más sorprende de estos viejos vecinos es la homogeneidad de un discurso que hacen girar alrededor de la decadencia del barrio. Un discurso que separa claramente un antes y un después, transición caracterizada por una indudable mejoría económica general que, sin embargo, no compensa –dicen– una pérdida de los lazos vecinales, así como lo que se considera que es un creciente desorden urbano, al exterior pero también, y particularmente, al interior del barrio, que culmina en una declarada sensación de inseguridad. El relato de la "decadencia de Lavapiés" –que otros vecinos más jóvenes escuchan a veces con condescendencia o con hastío– se narra característicamente a través de la presentación de un vívido contraste entre un antes y un ahora del barrio, que se logra mediante el recurso a anécdotas concretas extraídas tanto de los recuerdos del hablante como de sus experiencias más recientes.

El principal rasgo definitorio del ayer del barrio –que adquirirá en los discursos unas proporciones míticas– es la cualidad de la relación vecinal, la constitución del barrio como una "gran familia", como un núcleo de población articulado en la vida diaria a partir de cálidas y estrechas relaciones de vecindad. Estas intensas –e intensamente recordadas– redes vecinales se gestaban a partir de una procedencia común y mayoritaria de las zonas rurales de toda España, pro-

1. Fuente: Ayuntamiento de Madrid. Padrón Municipal, datos provisionales a 1 de septiembre de 2009.

cedencia que les hacia compartir un estilo de vida y un acervo cultural y de valor que se expresaba en aspectos tales como la fiesta, la alimentación y también en el común valor del trabajo y el ahorro como medios para el ascenso social. Esta "gran familia" ofrecía, en el ámbito novedoso y desconocido de la ciudad, seguridad y apoyo psicológico, afectivo y vital, configurando el barrio como un lugar marcado por la confianza e integrado por vecinos "en los que se podía confiar".

> Yo viví en la calle Amparo primero –nos dice una vecina del barrio– y era una calle que dicen mala, pero éramos muy unidos, éramos una familia, nos queríamos mucho, éramos los vecinos como una familia…[2].

Otra habitante de Lavapiés resalta en su discurso, no sin cierta nostalgia, esa antigua familiaridad entre vecinos: "Es que nos conocíamos todos: "pues no veo a fulana", "no, es que está mala". "Es que fulanito se ha muerto", "es que se ha ido de veraneo", "¿has visto a la mengana? pues dale este recao". "Ese ambiente ya no le hay".

Toda una serie de valores y presupuestos comunes determinaba un "sentido del lugar", en el que se enmarcaba una capacidad para reconocer e identificar de manera similar las situaciones de la vida cotidiana. Se trataba, en definitiva, de un sentido moral que era al mismo tiempo de orden cognitivo. Los vecinos se conocían, se saludaban diariamente y se ayudaban puntualmente en casos de enfermedad o necesidad. La "gran familia" se articulaba también en el ocio comunitario, en noches de charla y excursiones conjuntas por la ciudad, o en el engalanado de las calles o de las corralas para las festividades patronales del verano.

Pero no podríamos entender qué significa este orden físico-social-moral que se añora y se postula como un pasado perdido de resonancias míticas, si atendiéramos solamente a la descripción que de él hacen los antiguos vecinos. Este pasado lavapiesino es ininteligible sin su referencia al Lavapiés actual, cuya demanda de sentido es la que sirve de motor de para recomponer aquél. El recuerdo es siempre un proceso selectivo que opera a partir de las condiciones del presente. El malestar respecto al Lavapiés actual es el fondo sobre el que recortar la figura de ese pasado mítico que se define por oposición, con referencia al cual ese mismo malestar es construido discursivamente como un malestar ante la "degeneración" y la "decadencia" del barrio. Es muy significativo, en este sentido, cómo en cualquier charla con este grupo de vecinos se termina por mentar este nombrado declive del barrio que se salpica de contrastes respecto a ese pasado "ideal". Frente a la "gran familia" de su juventud lavapiesina, el barrio es actualmente un lugar poblado por desconocidos "en los que no se puede confiar".

La ruptura de la "gran familia" es el desencadenante de un experimentado proceso de desorganización barrial que opera en el triple registro social, moral y

2. Todas las citas fueron recogidas en un trabajo de campo en el barrio de Lavapiés desarrollado, en distintas etapas, entre el 2000 y el 2005. Las que introducimos en este artículo se corresponden a distintos vecinas y vecinos de los que hemos denominado "antiguos" y, también, a una trabajadora de los Servicios Sociales municipales.

físico. Desaparecidos muchos de los antiguos vecinos, las viviendas quedan vacías y se cierran o son –cada vez más– ocupadas por nuevos pobladores con los que no se restauran las pautas de vecindad tradicionales. La transformación social se sigue de una desorganización moral y el antiguo respeto y educación, valores principales que regían la convivencia, se ven suplantados por lo que es percibido como una general grosería y abuso, introducidos sobre todo por estos nuevos vecinos, y en particular por los más jóvenes. La alteración del orden físico del barrio es la otra cara de la alteración del orden socio-moral: el ruido nocturno, los jóvenes sentados en los respaldos de los asientos, las pintadas en las paredes, los corrillos de desocupados en los espacios públicos a horas que deberían ser de trabajo… todo se pone como ejemplo de la degradación, que expresa la ruptura de la homogeneidad de un estilo de vida. La percepción de esta degradación va de la mano de una sensación de inseguridad que se muestra en la omnipresencia del tema de la delincuencia en el barrio. El gamberrismo, las drogas, la violencia y sobre todo los robos son frecuentemente aludidos por este grupo de población a partir de casos, sucesos y anécdotas personales que circulan rápidamente a través del boca a boca. Una sensación de inseguridad que termina por restringir la movilidad de estos vecinos por algunas áreas del barrio, especialmente en horas nocturnas. La proclamada degradación del barrio da nombre a lo que corresponde a una desorganización del esquema de cognición de estos vecinos ya que, traspasados los límites en los que se asentaba aquél, "ya no sabe una qué esperar. ¡Vamos, que cualquier cosa es posible!". Una desorganización que genera sentimientos de indefensión, temor y miedo, expresados frecuentemente con la tan traída y llevada cuestión de la "inseguridad".

En relación a este voceado sentimiento de inseguridad física y psicológica de este grupo de vecinos, un punto de inflexión marca el cambio de tendencia entre el pasado ideal y el presente decadente: la llegada de la inmigración de origen extranjero. La consideración de la presencia de los inmigrantes de origen extranjero como el principal de los cambios que ha experimentado el barrio es generalizado en este grupo de vecinos, sin que ello sea obstáculo para la ocasional buena relación con muchos de ellos a nivel personal –entre otras cosas porque, paradójicamente, son muchos de esos inmigrantes y su estilo de vida basado en el trabajo y el ahorro los que más en común tienen con el esquema vital de estos "antiguos vecinos". Sin embargo, surge una cuestión interesante: para otros sectores de vecinos del barrio, Lavapiés no es especialmente "inseguro" ni distinto en ese sentido de otras zonas del centro de Madrid. ¿Por qué no existe unanimidad en la consideración de la "seguridad" de Lavapiés como espacio urbano? ¿Existen criterios o dimensiones distintas? ¿Qué condiciona la heterogeneidad de las experiencias vecinales respecto a la seguridad ciudadana?

Antes de contestar a esta pregunta, vamos a tratar de ofrecer una instantánea –lamentando no tener más espacio para una descripción y análisis en profundidad– de la heterogénea composición vecinal que en el barrio de Lavapiés viene tomando forma en las últimas décadas. El cese de las corrientes migratorias desde el campo español a Madrid en los años 70 –en paralelo a una transformación del sistema económico– implicó una transformación en las tradicionales pautas de repoblación tradicional del barrio. Se inició un proceso de

despoblamiento y envejecimiento –a medida que las jóvenes generaciones se trasladaban a las recién construidas periferias de vivienda obrera y no iban siendo remplazadas por nuevas remesas de población inmigrada. A esto se unió una pérdida de peso de la industria en el conjunto de la economía de la ciudad y específicamente de Lavapiés como barrio obrero –a medida que las industrias fueron trasladándose más al sur de la ciudad, en localizaciones más alejadas del centro urbano. La pérdida de población de mayor poder adquisitivo y el cambio en los hábitos de consumo –con la extensión del centro comercial y el hipermercado– condicionó una desaparición de gran parte del pequeño comercio tradicional en la zona. Por otra parte, el envejecimiento del caserío, la falta de infraestructuras y de servicios en el barrio, la emigración masiva a las periferias y la disminución de la fuerza de las corrientes inmigratorias, implicaron una desvalorización de Lavapiés como espacio residencial y una caída de las tasas de beneficio derivadas del mercado de la vivienda en el área. A los propietarios de los inmuebles les costaba trabajo encontrar inquilinos y los bajos precios de las rentas no cubrían apenas los costes de mantenimiento de los edificios, con lo que éstos se dejaron prácticamente abandonados a su suerte, agravándose paulatinamente el ya considerable deterioro de Lavapiés en lo referente a la estructura y condiciones de su conjunto edificatorio. Muchas viviendas quedaron vacías, a las que llegaron nuevos residentes de escaso poder adquisitivo atraídos (o forzados) por el relativamente bajo precio de los alquileres.

En paralelo a todos estos procesos, el país experimentó a finales de los 70 una transición política hacia un régimen democrático. Los años 80 son los años de gobierno municipal de la izquierda y también los años de la "Movida Madrileña", una efervescencia cultural que produjo un cóctel de arte, sexo, drogas y formas de sociabilidad con vocación transgresora para el consumo juvenil, que hubiera sido tachado de depravado –e imposible por lo demás– tan sólo unos años atrás, y que empezó a marcar una diferencia generacional entre aquellos nacidos o jóvenes en la recién iniciada democracia y aquellos otros que habían vivido varias décadas bajo la –en tantos aspectos– completamente diferente España de la dictadura franquista. A Lavapiés, zona centro de la ciudad en donde existían muchas casas vacías a precio asequible, llegaron muchos estudiantes y jóvenes, en una época donde la reestructuración industrial disparó las tasas de desempleo y las oportunidades laborales para los jóvenes crecidos en familias obreras. Junto a ellos, o entre ellos, empezaron a ser visibles en el paisaje de la ciudad lo que se conoce a menudo con la etiqueta tan reductora y mediática de "tribus urbanas": grupos de jóvenes vinculados por alguna afinidad política, artística o de estilo de vida, a menudo fácilmente identificables por su indumentaria y estética personal. También llegaron a Lavapiés fenómenos entonces novísimos en España como la okupación, para la que Lavapiés se convirtió en un punto de referencia a escala madrileña y aún nacional que llega hasta la actualidad. La segunda mitad de los 80 y los comienzos de los noventa son los años de la fuerte presencia del consumo y la venta de drogas en las calles, fundamentalmente en lo que fue el *boom* de la heroína, que afectó sobre todo a los sectores más jóvenes de la población. Y para completar la instantánea, en la misma época dará comienzo la paulatina pero imparable llegada a España de inmigrantes de origen extranjero, una llegada que adquirirá con el tiempo una

visibilidad grandísima[3] dentro de la sociedad española en general y dentro de Lavapiés –espacio tradicional de residencia madrileña de estos inmigrantes– en particular.

Todo esto que venimos describiendo no es sino un cambio de gran envergadura en la composición social (y cultural) del vecindario, un cambio que está en el trasfondo de la "desubicación" cognitiva y socio-moral que late en el discurso de los que hemos llamado antiguos vecinos y, también, en el trasfondo de la gestación paulatina, en el imaginario de muchos vecinos, de un "Lavapiés de la crisis" articulado alrededor de la cuestión de la "inseguridad ciudadana", como veremos a continuación.

## 2. DANDO SENTIDO A UN MALESTAR URBANO: EL "LAVAPIÉS DE LA CRISIS" Y EL INMIGRANTE DE ORIGEN EXTRANJERO COMO SÍNTOMA Y CAUSA DE LA DEGRADACIÓN BARRIAL

Retomamos aquí el hilo de nuestro análisis, y la pregunta que nos hicimos líneas atrás. Si para los vecinos de más edad la "inseguridad ciudadana" es el principal problema de Lavapiés y, sin embargo, una buena parte de los vecinos más jóvenes ni siquiera lo citan como problema barrial: ¿qué factor o conjunto de factores condicionan la heterogeneidad de las experiencias vecinales respecto a la seguridad ciudadana? Para responder a esta pregunta vamos a tratar de profundizar en el esquema de valores que sustentó la experiencia del habitar para los antiguos vecinos, y en los retos que esa particular "visión del mundo" ha debido hacer frente en los últimos años.

Una de las características de ese recordado Lavapiés del pasado de los antiguos vecinos que hace referencia a lo que podríamos llamar una actitud y un esquema vital compartido, se relaciona incluso con un momento anterior a la residencia en el barrio –para los no nacidos en él– afectando a la propia decisión de emigrar a Madrid. Se emigra a la ciudad en busca de un futuro mejor, de unas mejores condiciones de vida que no son factibles en el campo y sí prometidas a través del trabajo asalariado industrial. Se parte de la escasez y por lo tanto el momento de la mejora social no es inminente, sino que se localizaba siempre en un futuro que apunta a la edad madura, anciana, e incluso a la generación de los hijos, el *locus* por excelencia donde se cumple la promesa del inmigrante rural. La mejora social es más bien un paulatino proceso ascendente cumplido en la situación social de los hijos, con estudios, con trabajo "de oficina" y con piso en propiedad. Pero esa promesa futura de mejora social, o de movilidad social ascendente, ha de ser perseguida mediante la adopción disciplinada de un particular estilo de vida, que tiene en el trabajo duro, el ahorro y el sacrificio (la limitación) del disfrute en el presente por el bienestar futuro sus máximos exponentes. A Madrid se vino a trabajar "en lo que sea" –y a vivir "en

3. No sólo por el hecho físico de la presencia de un cada vez mayor número de residentes madrileños de origen extranjero, sino por la centralidad que el debate sobre esta cuestión irá ocupando en la sociedad española.

donde sea"–cifrada siempre la esperanza en ese anhelado "día de mañana". Pero para ello es necesario *luchar*, *aguantar*, *resistir* –un vocabulario característico– unas difíciles condiciones presentes, confiando en los frutos del trabajo y la disciplina como palanca de movilidad social ascendente. En comparación con un presente de abundancia en el que la gente puede "elegir una vida mejor", los discursos de estos vecinos subrayan las condiciones de escasez de sus trayectorias vitales. El trabajo duro se suma a un estilo de vida dictado por la contención del gasto. El dinero ganado no se emplea en fútiles diversiones del momento, sino que se ahorra o se invierte buscando esa mejora de la calidad de vida. Del mismo modo que con el consumismo sin previsión de la cigarra o la pereza laboral, el orden moral de los antiguos vecinos está manifiestamente reñido con la protesta, la queja o la invocación del "derecho" como vías de mejora de las condiciones de vida en el presente. La vía privilegiada de ascenso social es, sin duda ninguna, el trabajo. Dejamos oír las voces de estos vecinos:

> Yo me vine del pueblo con 27 años sin faltarme de nada gracias a Dios y me vine aquí a luchar, a luchar porque el día de mañana mis hijos fueran algo. Yo me metí a vivir en un bajo, con un tallercito y allí estuve viviendo cinco años. Luego me cambié a Mesón de Paredes. (…) Yo cosía lo que podía para ayudar a mi marido. Yo me iba a vender manteles de lagartera… Tuve cinco hijos y una niña que se me murió con diez meses y lo que nunca pasé lo pasé con aquella niña. Iba con ella en metro, sin un duro, porque no lo tenía… Gracias a Dios lo he superao todo. Los demás hijos hoy con sus carreras…
>
> De joven tenías que trabajar. Yo tenía que trabajar porque si no no podía comer. De casada ya no… pero era todo apretar, apretar, tenías que medir el dinero.
>
> Mi pobrecita madre tenía que asistir porque éramos muchos hijos… y ¿sabes lo que ganaba? Tres pesetas. Iba por aquí por el barrio a señoras que estaban a lo mejor malas o delicadas, pues… o gente que tenían comercios y entonces mi madre iba a lavar… a asistir, así todo. Luego sus hijos se han ido casando, se han ido colocando y bien.
>
> Yo entré a trabajar en la Estándar Eléctrica y todo lo que ahorraba era para ir comprando cosas para casa… un mes unos cubiertos, un mantel… Yo lo que quería era retirar a mi madre de fregar, que estaba ya malita, y como yo estaba soltera… A mi los bailes y todo eso no me interesaba, ni las verbenas ni nada.
>
> (…) [La gente trabajaba] en fábricas, en construcción, había mucha modista, mucha sombrerera, sastras… o sea, había muchos oficios… fontanero, electricistas, había de todo. Antes trabajaba más la gente en estas cosas ¡Y ahora todo el mundo quiere estudiar! A que tú no te has puesto a trabajar y estas estudiando ¿eh, amiga? Porque has querido una cosa mejor que la mía, que me he tenido que levantar a las seis de la mañana y estar doce horas trabajando…

La de los que hemos llamado antiguos vecinos de Lavapiés es una actitud vital orientada a una lucha por la promoción social que se verifica en la actualidad, sobre todo, en la propiedad de la vivienda y especialmente el estatus social de los hijos. Pero esta historia de vida de tintes épicos culmina en un éxito final que, –a la luz del espíritu más que de la letra del discurso de estos vecinos,– se nos antoja un éxito de carácter ambivalente o problemático. Y es que la generalizada "mejora" social de estos vecinos, con el correr de los tiempos –y del esfuerzo–, ha ido de la mano de una serie de cambios que transforman el senti-

do de lo que se perseguía como progreso social. Un determinado modelo de familia fue siempre la célula básica en las historias de vida de estos vecinos. Las mujeres dejaban sus trabajos al casarse para atender a la reproducción familiar, que incluía el cuidado de sus propios padres en la ancianidad de éstos. Sin embargo, el ascenso social de los hijos ha corrido paralelo a una distancia física entre las generaciones –entre otras cosas, por causa de las trayectorias de vivienda–[4] que, junto a las transformaciones en el estilo de vida y la incorporación masiva de la mujer al trabajo asalariado, se traduce muchas veces en una ruptura de las pautas de atención familiar a los que ahora son mayores. Esa relativa desaparición o, más bien, distanciamiento de la familia, se suma a la mayor necesidad de cuidados demandada por esta población, enfrentada al envejecimiento en unas condiciones de habitabilidad –vivienda, barrio– que, si bien más o menos mejoradas, son en general incómodas e inadecuadas y muchas veces pésimas. Las pensiones mínimas de viudedad son también el escaso ingreso regular del que disponen, que les impide por ejemplo acceder a servicios profesionales de cuidado y ayuda. La solución que les resta se asemeja bastante a seguir aguantando.

El reconocimiento generalizado de esta situación pocas veces se traduce directamente contra los propios hijos, aunque se asuma como una realidad innegable, incluso como una realidad personal. La razón principal de esta transformación es vista como un signo de los tiempos que afecta al comportamiento de las nuevas generaciones, estableciéndose así un contraste entre la generación anterior –la suya– y la de los hijos, que conlleva una crítica implícita a éstos y a su modelo de vida. La desaparición de escena de los hijos que "no tienen tiempo para venir" se relaciona con un cambio en el estilo de vida que no puede sino atentar directamente contra el orden moral de los antiguos vecinos. Si antes se trataba de restringir el disfrute del presente para mejorar la situación familiar futura a través del ahorro, la norma parece ser ahora el deseo sin fin de bienes y servicios que lleva a una hiperinflación del consumo y del gasto. Una transformación radical que se expresa sucintamente en las diferencias entre el ir ahorrando y el vivir a crédito.

– Te voy a decir una cosa, es que nosotros nos hemos conformado con lo que hemos vivido a razón de lo que teníamos y hoy en día yo lo veo en mis hijas, trabajan y tienen sus hijos…

– Y quieren tener más, claro.

– No terminan de pagar el piso…

– Y se meten a otra cosa.

– Eso. Que tienen el coche… pues se meten al chalé. Entonces están todas trabajando, no han criao a sus hijos, no han disfrutao de sus hijos… Porque nosotros nos criábamos en la calle ¿eh? No estábamos en las casas, todos a jugar a la calle y tan felices. Entre las pandas que éramos no había… porque éramos todos iguales, si había que llevar zapatillas llevabas zapatillas, o sandalitas…

4. La mayor parte de los hijos de este sector de antiguos vecinos se fueron en los años 70 a residir a las periferias de Madrid, en busca de vivienda asequible de mejor calidad que la disponible en Lavapiés.

Estas nuevas aspiraciones consumistas, cuyo horizonte es poco menos que el presente inmediato, vienen determinadas por la disponibilidad monetaria –y de acceso al crédito– que se deriva del trabajo remunerado de los dos cónyuges, al que no se puede renunciar –precisamente porque hay que pagar las letras. Una obligación que, si siempre ha sido la del padre, es ahora la de la madre también, cuyo estilo de vida le obliga a renunciar a la dedicación completa de su tiempo a sus hijos (a los que "no se les educa como es debido"), y no digamos de sus padres. Una obligación impuesta por las condiciones de vida de una época que es la que se lleva todas las críticas, disculpando el comportamiento de los propios hijos como una suerte de "mal de los tiempos modernos".

Mientras tanto, la vida cotidiana de este sector de vecinos es difícil y precaria, constituyendo uno de los sectores sociales más desprotegidos. Leemos a continuación el análisis de una de las trabajadoras sociales del barrio. Estos antiguos vecinos son uno de los grupos que más atención demanda por parte de los Servicios Sociales.

> Una de las cosas que más me encuentro es la soledad, en todas sus vertientes. Que puede estar mezclada con muchos problemas, la falta de comunicación (…). Porque muchas veces te viene la gente por un tema económico, pero empiezas a indagar un poquito más y es que lo que le está preocupando es eso pero no es eso… le están preocupando una serie de cuestiones que están, como yo digo, disfrazadas. Y luego te encuentras con que… la familia ya no está, la familia tradicional… los abuelos, mejor dicho las abuelas necesitan ayuda por su salud… necesitan un apoyo. Que alguien les vaya y les de una vueltita con la casa, o que les hagan la compra, o a lo mejor está encamados y que les hagan un aseo personal… o llegan al fin de sus posibilidades y es una residencia. En Lavapiés la gente es muy mayor, ochenta y tantos años… (…) Y condiciones horribles de vivienda te encuentras, algunas sin baño, con váteres fuera en las corralas, muertas de frío, que eso no te lo encuentras por otras zonas.

Para los antiguos vecinos la constatación de la ausencia o lejanía de la familia deja un regusto amargo al saboreado éxito de la mejora social cumplido al final de una vida hacia él orientada. Una amargura que se traduce en un ensalzamiento del pasado frente al cual la modernidad apunta, en realidad, más a una degradación que a un progreso. No deja de ser paradójico cómo para una generación para la que fue vital el control y la administración del salario como promesa de una promoción social a partir sobre todo de la mejora económica, reconozca ahora que el tiempo pasado fue mejor a pesar de que esta mejora económica se ha producido de manera innegable. El sentir de este sector de población se sintetiza en una frase que aparece, además, de manera casi literal en muchas entrevistas: "Económicamente mejor ahora pero vivir, vivir… antes se vivía mejor". Esto apunta a que el hecho de que la mejora de las condiciones de vida estuviera cifrada en el futuro y basada en los sacrificios del presente no estaba reñido con la satisfacción vital por ese "vivir", satisfacción asentada en una posesión de la totalidad que era posible a partir de la lenta (si bien cierta) percepción de cómo se iba logrando lo imaginado. La juventud y la ilusión se sumaban a la satisfacción de ir viendo crecer el saldo de la cartilla de ahorros y, al mismo tiempo, a la sanción moral positiva de estar llevando una vida "como Dios manda".

No nos resulta tan extraño, ahora, el que la razón unánimemente aducida para explicar la degradación actual de la vida barrial sea el creciente sentimiento de intranquilidad e inseguridad. Lo que sin embargo sí es una sorpresa, es la igualmente unánime consideración de la inmigración de origen extranjero como la causa de toda esta evolución regresiva de Lavapiés. ¿Cómo opera este desplazamiento o esta focalización de la causalidad aducida para la "degradación" barrial?

La valoración negativa del estilo de vida de las generaciones jóvenes actuales, que atañe implícitamente a los propios hijos y más aún a los nietos, se explicita, sin embargo, en los discursos, aludiendo a sectores sociales concretos. El fundamental es la nueva generación de inmigrantes que, participando en parte del cambio de valores generacional, es el blanco preferido de las críticas porque es el grupo social que sirve para marcar los contrastes con otra experiencia de inmigración –la de los hablantes. Contraste que a la vez sirve de válvula de escape de una frustración que va indirectamente también contra la lejanía de su propia familia y la misma orientación del cambio social –donde los ancianos tienen escasa presencia social. Esta alusión "indirecta" tiene la virtualidad de no comprometer el "éxito" de la empresa vital de estos ancianos –que se mide en la mejora económica y en la posición social de los propios hijos, "aunque ya no estén aquí". Los inmigrantes de origen extranjero serán entonces los protagonistas principales –aunque no los únicos– de actitudes y comportamientos que, de manera más implícita, se hacen extensivos también, puntualmente, a sectores sociales nativos. Básicamente se critica su escasa disposición a "aguantar"[5] malas condiciones de vida y su reclamo de mejorías apoyados en el lenguaje del derecho en vez de en la disposición *sin condiciones* para el trabajo. "¿Y quiénes exigen? –se pregunta una de estas ancianas–. Los que vienen de fuera. A trabajar… bueno, sí, algunos vendrán…".

El trato de favor que se cree les otorga el Estado –a través de sus Servicios Sociales, que los distingue como grupo beneficiario de ayudas específicas– es una idea arraigada que genera agravios comparativos, en un barrio en el que son ambos grupos, ancianos e inmigrantes en situación precaria, los sectores con más necesidad social.

Otro de los aspectos en los que las críticas al modo de vida del nuevo inmigrante arrecian, por parte de los antiguos vecinos, se refiere a la visibilidad de su tiempo y prácticas de ocio en el espacio público, que contrastan de nuevo con la etapa activa de los ahora ancianos en la que "no podíamos beber ni un vaso de vino porque costaba equis dinero". En esta cuestión, es sin embargo visible cómo la crítica es de más amplio alcance y, aunque tantas veces dirigida explícitamente contra el inmigrante extranjero, alcanza en su formulación un destinatario social más amplio, que potencialmente se equipara con la juventud actual.

5. Una crítica paradójica porque, a pesar del cambio generacional generalizado en el sentido expresado por los antiguos vecinos, si hay un sector vecinal que comparte el estilo de vida del trabajo, el ahorro y el aguante es precisamente, si no todos, sí gran parte de estos nuevos inmigrantes de origen extranjero –muchos de los cuales llegan a España con la intención de quedarse tan sólo algunos años, ahorrar lo suficiente y regresar a su país de origen.

El malestar urbano del grupo de antiguos vecinos –cuya causalidad es más compleja de lo que a primera vista parece– se traduce, sobre todo y por excelencia, en una omnipresencia del temor a la delincuencia. Son pocas las conversaciones, individuales o grupales, mantenidas por este sector vecinal, que no estén jalonadas de anécdotas protagonizadas por los hablantes u oídas contar, en las que se narran robos, asaltos, violencias que parecen ocurrir en cada esquina del barrio a todas las horas del día y de la noche. La añoranza del antiguo Lavapiés se sintetiza en la añoranza de una seguridad ciudadana perdida. Una seguridad ciudadana que, sin embargo, no se mide sólo en las estadísticas de criminalidad barrial. Es una inseguridad psicológica derivada de las propias condiciones de vida, de la pérdida de los referentes tradicionales en el barrio –relaciones de vecindad, pequeño comercio–, de las dificultades de una convivencia intercultural bajo condiciones físico-sociales precarias y también de episodios ciertos, si bien puntuales, de criminalidad que se producen en el barrio contra los propios vecinos del mismo. En general, una inseguridad derivada de la desaparición de un orden urbano que siempre asumieron como vecinos, una desaparición social de su esquema de valores y actitudes vitales y, también, de su presencia pública como sector vecinal protagonista de la cotidianidad de Lavapiés.

El inmigrante extranjero y su vinculación con la criminalidad en el discurso de este grupo de vecinos, tienen la función performativa de explicar una realidad compleja de "desorden" físico-social-moral urbano, así como de reordenar la realidad barrial. Los inmigrantes de origen extranjero son considerados los protagonistas de un cambio de valores y de una forma de vida orientada ciertamente más al presente y también al consumo, al ejercicio de lo que se consideran derechos ciudadanos, etc. Un cambio que ha implicado, además, una transformación de los roles de género y edad así como del régimen político y, en consecuencia, del modelo de regulación de la vida pública. Una transformación social en la que, en el caso de nuestros antiguos vecinos, se puede incluir una lejanía cuando no desaparición de la familia[6], que agudiza la precariedad de una etapa de envejecimiento en un contexto urbano difícil. Pero la causalidad compleja del malestar urbano de este sector de población se focaliza y dirige contra unos recién llegados que "no quieren trabajar", a los que el estado "regala viviendas", que "meten ruido" "no respetan", "no quieren integrarse" y se relacionan directamente con el aumento de la criminalidad barrial. Frustraciones, sentimientos, actitudes, aspiraciones y subjetividades complejas y heterogéneas son articuladas por el consenso hegemónico del "Lavapiés de la crisis" y su caracterización del inmigrante de origen extranjero. Un hecho que, sin embargo y aunque pueda parecer paradójico, no impide en absoluto las buenas relaciones que también se dan entre inmigrantes extranjeros y antiguos vecinos en la cotidianidad de la vida local. El "Lavapiés de la crisis" rompe radicalmente con esa consideración del hospedaje de los recién llegados a Madrid, de las distintas generaciones de inmigrantes, como una de las características que da homogeneidad al espacio urbano de Lavapiés.

6. Al menos de la tradicional convivencia intergeneracional de abuelos, hijos y nietos o la proximidad espacial de sus residencias.

Vista la fractura existente entre la inmigración pasada y la presente (al nivel de su representación social para un sector de ciudadanos) pudiera decirse, parafraseando a Machado, que aquel Lavapiés "rompeolas" se agotó definitivamente en "todas las Españas" (dejando fuera a toda la inmigración de origen no español que hoy llega a la ciudad). En este sentido, pensamos que uno de los objetivos de las políticas públicas urbanísticas y de integración social y de su gestión en los barrios de las ciudades españolas contemporáneas ha de ser el contribuir a la reconstrucción de un tejido social que, hoy en día, está triste y peligrosamente marcado por esa fractura.

## BIBLIOGRAFÍA

CALDEIRA, Teresa. *City of Walls. Crime, Segregation and Citizienship in Sao Paulo*. Los Angeles: University of California Press, 2000.

LÓPEZ SÁNCHEZ, Pere. *El centro histórico. Un lugar para el conflicto*. Barcelona: Geo-crítica, Universidad de Barcelona, 1996.

LORA-TAMAYO D´OCÓN, Gloria. *Extranjeros en la Comunidad de Madrid, 1999*. Madrid: Delegación Diocesana de Migraciones. ASTI, 1999.

MALGESINI, Gabriela; GIMÉNEZ, Carlos. *Guía de conceptos sobre migraciones, racismo e interculturalidad*. Madrid: La Catarata, 2000.

SÁNCHEZ DE PALACIOS, Mariano. "Lavapiés" En: VV. AA. *Madrid*. Madrid: Instituto de Estudios Madrileños; Espasa Calpe, 1979.

TROITIÑO VINUESA, Miguel Á. *Cascos antiguos y centros históricos: problemas, políticas y dinámicas urbanas.* Madrid: Ministerio de Obras Públicas y Transportes, 1992.